

Don Quijote para los niños

Miguel de Cervantes Saavedra



Ilustraciones de Gustave Doré



Don Quijote para los niños

Primera edición, 2019

Selección y adaptación: Benjamín Valdivia

Ilustraciones: Gustave Doré

Maquetado, color e intervención digital: Luciano Trigos

© Gobierno del Estado de Guanajuato

Museo Iconográfico del Quijote

Manuel Doblado Núm. 1

36000 Guanajuato, Gto.

ISBN: 978-607-8687-01-5

Impreso en México

Esta publicación no puede ser reproducida, incluyendo el diseño de cubierta y el material gráfico, ni todo ni en parte, ni registrada o transmitida en ninguna forma ni en ningún medio, sin la autorización por escrito del Museo Iconográfico del Quijote.

CAPITULO DIECISIETE

Donde se declara el último punto y extremo hasta donde llegó y pudo llegar la valentía de don Quijote con la felizmente acabada aventura de los leones.

Cuenta la historia que cuando don Quijote llamó a Sancho para que le trajera el casco, estaba el comprando unos requesones que los pastores le vendían. Cuando llegó, don Quijote le dijo:” Dame, amigo, ese casco; que allí descubro alguna aventura que me ha de necesitar”.

No se descubrió otra cosa que un carro de mulas que hacia ellos venía, con dos o tres banderas pequeñas, que le dieron a entender que ese carro debía traer propiedades del rey.

En el carro de las banderas no venía otra gente que el carretero en las mulas, y un hombre sentado en la delantera. Se puso don Quijote delante, y dijo: “¿Adónde van, hermanos? ¿Qué carro es éste, qué llevan en él y qué banderas son aquellas?”.

A lo que respondió el carretero: “El carro es mío; lo que va en él son dos bravos leones enjaulados que le han regalado al rey. Las banderas son del rey, en señal de que aquí va cosa suya”.

“Y ¿son grandes los leones?”, preguntó don Quijote.

“Tan grandes”, respondió el hombre que iba a la puerta del carro, “que no han pasado mayores, ni tan grandes, de África a España jamás, y yo soy el leonero y he pasado otros, pero como éstos ninguno; son hembra y macho, el macho va en esta jaula primera, y la hembra en la de atrás, y ahora van hambrientos, porque no han comido hoy. Por eso, es mejor que usted se haga a un lado; que debemos llegar pronto a donde les demos de comer”.

A lo que dijo don Quijote, sonriéndose un poco: “¿Leoncitos a mí?, ¿a mis leoncitos, y a estas horas? Yo no soy hombre que se espanta de leones; Tú que eres el leonero, abre esas jaulas y échame esas bestias afuera; que en mitad de este campo les daré a conocer quién es don Quijote de la Mancha”.

El carretero le dijo: “Señor mío, déjeme desatar las mulas y ponerme a salvo con ellas, antes que se suelte a los leones”.

El leonero dijo a grandes voces: “Sean testigos los que aquí están, como contra mi voluntad y forzado abro las jaulas y suelto a los leones; póngase a salvo antes que abra”.

“Mire señor”, decía Sancho, “que aquí no hay encanto ni cosa que lo valga; que yo he visto por entre las rejas de la jaula una uña de león verdadero, y por el tamaño de ella ese león es mayor que una montaña”.

Don Quijote, volviendo a dar prisa al leonero, dejó que retiraran al burro y a las mulas, procurando todos apartarse del carro lo más que pudiesen, antes que salieran los leones.

Don Quijote decidió hacer la batalla a pie, temiendo que Rocinante se espantaría con la vista de los leones; por esto saltó del caballo, arrojó la lanza y se puso en el brazo el escudo, y, sacando su espada, paso ante paso, con corazón valiente, se fue a poner delante del carro, encomendándose a Dios de todo corazón, y luego a su señora Dulcinea.

El leonero abrió de par en par la primera jaula donde estaba el león macho, de grandeza extraordinaria y de espantosa y fea figura. Lo primero que hizo fue removerse en la jaula, donde venía echado, y tender la garra y desperezarse todo; abrió luego la boca y bostezo muy despacio, y con casi dos cuartas de lengua que sacó fuera se frotó los ojos y se limpió la cara. Hecho esto, sacó la cabeza fuera de la jaula y miró a todas partes con los ojos hechos brasas, mirada y gesto para poner temor al miedo mismo. Sólo don Quijote lo miraba atentamente, deseando que saltara ya del carro, y viniera a pelear con él, porque pensaba hacerlo pedazos.

Pero el generoso león, sin hacer caso de don Quijote, después de haber mirado a una y otra parte, como sea dicho, volvió la espalda y enseñó sus traseras partes a don Quijote, y con gran tranquilidad se volvió a echar en la jaula.

Lo que encontrarán en estas páginas es una selección de cinco capítulos del *Quijote* adaptados para los niños. Esos cinco fragmentos siguen, en lo posible, la voz, la historia y el tono del original. Y no pretenden más que transmitir a los niños el gusto que nos ha dado durante siglos la lectura de esas locas aventuras y experiencias del flaco caballero don Quijote y su inseparable escudero, ayudante y amigo Sancho Panza. La edición está acompañada por los maravillosos grabados de Gustave Doré en una nueva versión, iluminada a través de la intervención digital del artista Luciano Trigos.



ISBN: 978-607-8687-01-5



museoiconografico.guanajuato.gob.mx



Museo
Iconográfico
del Quijote



CENTRO DE ESTUDIOS CERVANTINOS A.C.



Fundación
Cervantina
de México, A.C.



Museo Iconográfico del Quijote